

El sudor perlaba su piel. Se movía inquieta, su respiración entrecortada. Unos quejidos apenas audibles se escapaban de su boca, pidiendo ayuda, pero perdiéndose en la marea de silencio que la rodeaba. Entonces ocurrió, algo en su interior se removió y, como un resorte, se incorporó en la cama, abriendo los ojos y ahogando un grito. Se llevó de manera inconsciente la mano al pecho, tratando de tranquilizarse. Miró a su alrededor y reconoció dónde estaba: era su cuarto. Suspiró y cerró los ojos. Había sido solamente una pesadilla. Otra más para la colección. Hacía ya meses en que las pesadillas la alteraban...

Desde aquella fatídica tarde de verano en que decidió jugárselo todo y todo lo perdió. Su alma se la había llevado el mejor postor. Desde entonces, un vacío inquietante se posó en su interior. No había nada que le hiciera sentir alegría ni tristeza, ilusión ni desilusión, esperanza ni desesperanza. ¿Qué había sido de ella? Decidió no darle más vueltas y se levantó. Necesitaba evadirse, tratar de dejar la mente en blanco, buscar una manera de salir de sí misma.

Se puso la ropa con rapidez y salió de su casa. Empezó a recorrer las calles desiertas. Eran las ocho de la tarde, pero el frío del exterior animaba a la gente a resguardarse en sus cálidos hogares. Mejor así. No le gustaba que las personas invadieran su intimidad en sus largos paseos. Era un momento en que trataba de zafarse de sus pensamientos venenosos y conectar con los gorjeos de los pájaros y el susurro de los árboles. Empezó a trotar por las calles, sin rumbo, controlando la respiración. *Uno, dos, tres*, contaba para sí misma. Eso le ayudaba a centrarse en el momento, disfrutando de una falsa quietud, pero al menos le daban tregua.

Fue acelerando el ritmo cada vez más, hasta que, de repente, un borboteo la detuvo en seco. Se quedó paralizada. Aquel sonido le resultaba familiar. Entonces una neblina apareció ante sus ojos apagados. Avanzó cautelosamente hacia ese ruido, tratando de deshacerse de aquella leve venda que se imponía ante sus ojos. Aguzó el oído, tratando de distinguir otros sonidos, pero todo fue en vano. Aquel correr de agua era el único protagonista. Sus pies se chocaban con guijarros, que iba lanzando hacia direcciones contrarias, abriéndose su propio camino. Se dio cuenta de que estaba adentrándose en un parque que no conocía. Y, de repente, entre la maleza, divisó una oxidada verja. Dudó de si seguir avanzando, pero decidió que no tenía nada que perder: ya estaba endeuda emocionalmente.

La puerta chirrió de forma estridente mientras la abría. Allí se alzaba una fuente con un caudal importante de agua, majestuosa, tenebrosa. En ese instante, algo en su interior estalló. Las lágrimas comenzaron a correr despavoridas por sus mejillas, cayendo por el cuello hasta romper en el borde de la camiseta. Recuerdos de su infancia se sucedieron unos tras otros, ahogándola en la añoranza de su infancia perdida. Aquella época dorada, donde no existía nada más que el tiempo lento, la felicidad y despreocupaciones. Cómo desearía volver atrás, a esos años donde todo daba igual: solo importaba jugar, refugiarse en los brazos maternos y reír hasta rodar por el suelo. Esos días donde las emociones no jugaban malas pasadas, donde nadie podía herirte, donde solo las fantasías tenían lugar.

Iba a dar media vuelta cuando empezó a oír una voz que la frenó. Puso toda su atención y escuchó sin mover un músculo, sin respirar, para que nadie pudiera interrumpir aquel dulce recital:

*Fue una clara tarde, triste y soñolienta
tarde de verano. La hiedra asomaba
al muro del parque, negra y polvorienta...
La fuente sonaba.*

*Rechinó en la vieja cancela mi llave;
con agrio ruido abrióse la puerta
de hierro mohoso y, al cerrarse, grave
golpeó el silencio de la tarde muerta.*

*En el solitario parque, la sonora
copla borbollante del agua cantora
me guió a la fuente. La fuente vertía
sobre el blanco mármol su monotonía.*

*La fuente cantaba: ¿Te recuerda, hermano,
un sueño lejano mi canto presente?
Fue una tarde lenta del lento verano.*

(...)

*Fue una clara tarde del lento verano...
Tú venías solo con tu pena, hermano;
tus labios besaron mi linfa serena,
y en la clara tarde dijeron tu pena.*

*Dijeron tu pena tus labios que ardían;
la sed que ahora tienen, entonces tenían.*

*—Adiós para siempre la fuente sonora,
del parque dormido eterna cantora.
Adiós para siempre; tu monotonía,
fuente, es más amarga que la pena mía.*

*Rechinó en la vieja cancela mi llave;
con agrio ruido abrióse la puerta
de hierro mohoso y, al cerrarse, grave
sonó en el silencio de la tarde muerta.*

Un escalofrío recorrió su cuerpo. Aquellas palabras...qué bonitas sonaban, aunque llenas de amargura, llenas de desolación. Antonio Machado. Cuántos veranos había leído sus poemas, cuántas noches la había acompañado. Cerró los ojos y volvió a llorar desconsoladamente. Se dejó caer en la hierba y se dejó llevar por lo que se cocía en su corazón. Hacía tiempo que no lloraba y ahora allí estaba, indefensa, tratando de entender la causa. Cuando se vació del llanto, volvió a subir la mirada y lo que se presentó ante ella la dejó sin palabras. El sol se acostaba y el cielo se llenaba de un púrpura intenso, entremezclado con otros colores que no era capaz de discernir. Su corazón empezó a latir emocionado. No había nada más maravilloso que una puesta de sol. Cuando se quiso dar cuenta, el vacío que antes la invadía comenzó a colmarse de diferentes sentimientos.

Ahora podía por fin eliminar la indiferencia y dejar paso al miedo, la tristeza, la alegría... Comprendió que era el momento de sanar. Una leve sonrisa se deslizó por su rostro. Ya era hora de aceptar lo que anidaba en su corazón. Daba igual si volvían a partírselo. Ahora iba a ponerse autoprotección: aunque costara, decidió empezar a quererse. Sin más.

11/02/2023